

VIAZZO, Pier Paolo. *Introducción a la antropología histórica*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú e Instituto Italiano de Cultura, 2003, 338 páginas.

Este extraordinario libro de Pier Paolo Viazzo trata sobre un vínculo —el matrimonio entre la etnología, la antropología y la historia— que ha inspirado a muchos de los historiadores y antropólogos peruanos dedicados al estudio del mundo andino, además de invitarnos —de una manera ágil y al mismo tiempo profunda— a aquellos que no nos dedicamos a esta área específica de estudio, a reflexionar sobre la situación actual de nuestras disciplinas, su pasado y su futuro.

Es un recorrido exhaustivo por los avatares de la antropología histórica, entendida no como una nueva disciplina con confines bien delimitados sino como el encuentro teórico y metodológico entre la antropología y la historia. Es, como afirma Viazzo, un terreno de frontera en donde historiadores de variada procedencia y antropólogos, pero también sociólogos y críticos literarios, “comparten el uso de fuentes a través de métodos en buena parte distintivos, fruto de una emulación entre vecinos que ha llevado a los historiadores a experimentar en los propios campos de experimentación los instrumentos de antropólogos y viceversa” (pp. 50-51).

El autor identifica claramente los años que van desde 1922 hasta 1950 como “los años de separación” entre las dos disciplinas. El nacimiento de la antropología social británica en 1922, con la publicación de los trabajos de Bronislaw Malinowski y Alfred Radcliffe-Brown, estuvo teñido de una evidente “exclusión de la historia”. Esta relegación de la historia fue mucho más explícita entre los antropólogos sociales ingleses que entre los seguidores de Franz Boas, en Estados Unidos, quienes permanecieron fieles a métodos históricos difusionistas. No obstante, el desinterés de estos últimos por la historia oral finalmente debilitó el valor propiamente histórico de los estudios antropológicos boasianos. Por su parte, los historiadores clásicos, que eran los que más puntos de contacto podían tener con los antropólogos, veían con creciente repugnancia (dice Viazzo) un método que eliminaba los límites entre las sociedades primitivas y las civilizaciones clásicas.

Sin embargo, historiadores marginales dedicados al estudio del medioevo y el periodo moderno, que luego serían los fundadores (en 1929) de la Escuela francesa de los Annales, buscaron un diálogo no solo con la antropología sino con todas las ciencias sociales: nos referimos a Marc Bloch y Lucien Febvre. El libro de Bloch, *Los reyes tau-*

maturgos, buscaba reconstruir el concepto de "lo maravilloso" y su vinculación con la autoridad real. Febvre, por su parte, incursionó de una manera novedosa en el terreno de las creencias religiosas del hombre del mundo moderno.

A pesar de los trabajos pioneros de estos historiadores, las dos disciplinas se mantuvieron distantes hasta 1950, cuando Viazzo identifica un segundo periodo de acercamiento, que durará hasta 1968. La figura clave para el acercamiento desde la antropología a la historia fue, sin duda alguna, Edward Evans-Pritchard, quien sustentó que una sociedad no podía ser cabalmente entendida sin estudiar y comprender su historia. Esto, que parece casi de sentido común el día de hoy, difería sin embargo de las propuestas de Malinowski y el resto de funcionalistas, quienes consideraban que aun si la historia de una sociedad estaba documentada, esto era irrelevante para su estudio funcional (p. 130). Más aún, Evans-Pritchard desconcertó a sus colegas al sostener que la antropología social, antes que modelar sus métodos de acuerdo con los rigurosos y fríos métodos de las ciencias exactas, debía emplear los métodos más cálidos e intuitivos de las disciplinas humanistas. La antropología debía ser un arte, no una ciencia (p. 139).

Otra vía de acercamiento se produjo con el nacimiento de la historia africana y de la llamada etnohistoria, tan cercana a la historiografía peruana. La metodología empleada por la etnohistoria implicaba trabajar en el museo, el archivo y el campo y, en consecuencia, exigía un múltiple adiestramiento académico, metodológico y conceptual. Paralelamente encontramos diversas revistas como *Past and Present*, *Comparative Studies in Society and History*, o *Annales*, cuyos artículos reflejarán la nutrida producción de investigaciones de antropología histórica en este periodo. El papel de la revista francesa *Annales* fue muy importante para la historia: hay que hacer —decía Fernand Braudel— "una historia nueva, imperialista y también revolucionaria, capaz, para renovarse y realizarse, de saquear las riquezas de las cercanas ciencias sociales".

La predilección de Braudel por el estudio de una historia profunda, de larga duración, coincidió con la aparición de Claude Lévi-Strauss y Georges Dumézil en el mundo antropológico. Este *boom* de la escuela francesa coincidió con el florecimiento de los estudios sobre brujería no solo en Francia sino también en Italia, Inglaterra y España entre 1966 y 1968, marcando —según Viazzo— uno de los hitos más importantes en el terreno de la investigación en antropología histórica.

El éxito de la antropología histórica, así como el "saqueo" realizado por la historia de otras disciplinas, llevó a Arnaldo Momigliano a

afirmar, en 1977, que se estaban disolviendo las fronteras entre la historia y las demás ciencias sociales. Viazzo rescata el balance realizado por otro historiador, Lawrence Stone, quien también llegaba a la misma conclusión, pues afirmaba que prácticamente no había ninguna investigación histórica en curso en Estados Unidos que no se ocupase de los oprimidos, los marginados, la familia, el sexo, el crimen, la homosexualidad, la cultura popular o la brujería, que no usase las teorías de las ciencias sociales.

Sin embargo, durante las últimas dos décadas han surgido desafíos, al punto de que en el editorial de la revista *Annales* de la primavera de 1988 se habló de la existencia de una "crisis general de las ciencias sociales", producto del abandono de los sistemas globales de interpretación, es decir, de los paradigmas dominantes que fueron el estructuralismo y el marxismo y, por supuesto, también del abandono de las ideologías que los sustentaban.

Como dice Roger Chartier, el desafío lanzado a la historia en la década de 1980 ya no se basa en una crítica de las costumbres de la disciplina en nombre de las innovaciones de las ciencias sociales, sino en una crítica de los postulados de las ciencias sociales en sí, al cuestionar la posibilidad de conocer una realidad que está más allá del propio discurso del investigador. Y creo que en este punto Viazzo hace un comentario muy pertinente: los críticos posmodernistas, dice el autor, "han sostenido no solo que el estudio del pasado tiene necesariamente su propio centro en el presente, del cual recoge cuestiones y perspectivas, sino que 'el pasado mismo es una creación del presente'" (p. 319). De esta manera, "los historiadores posmodernos invitan hoy a invertir la dirección de la flecha causal y a tomar conciencia de que no es el pasado el que va a determinar el presente, sino más bien el presente, sus preocupaciones y sus sensibilidades, el que va a crear el pasado". Ojalá no estemos, como dice Carlo Ginzburg (citado por Viazzo), subordinando el "respeto a los muertos" a las pasiones de los vivos.

Es un libro que invita a la reflexión, abre interrogantes, entretiene y, por último, ilustra al lector sobre una materia que parecía antes difusa. Esto, sin duda, porque se trata de un buen libro.

Margarita Suárez Espinosa
Pontificia Universidad Católica del Perú